

KARL MARX

**JOSEPH A.
SCHUMPETER**

KARL MARX

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Título original de los ensayos: *The Marxian Doctrine* (1942) y *The «Communist Manifesto» in Sociology and Economics* (1949)

© de «La doctrina marxiana», Routledge,
Taylor & Francis Group, 2010

© de «El *Manifiesto comunista* en la sociología
y la economía», *Journal of Political Economy*, 1949

© de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.

Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona

www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: marzo de 2018

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-946557-8-4

Depósito legal: C-95-2018

ÍNDICE

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN	9
PRIMERA PARTE. LA DOCTRINA MARXIANA	11
Introducción	13
1. Marx, el profeta	17
2. Marx, el sociólogo	25
3. Marx, el economista	51
4. Marx, el maestro	103
SEGUNDA PARTE. EL «MANIFIESTO COMUNISTA» EN LA SOCIOLOGÍA Y LA ECONOMÍA	133
Introducción	135
Sección I	137
Sección II	145
Sección III	151
Sección IV	169
ÍNDICE ONOMÁSTICO	179

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Con motivo del bicentenario del nacimiento de Karl Marx, presentamos, juntos por primera vez, los dos textos principales que le dedicó el gran economista Joseph Alois Schumpeter.

El primero de ellos, «La doctrina marxiana», proviene de *Capitalismo, socialismo y democracia*, obra que ya ha sido publicada en dos volúmenes por esta misma editorial. El texto vio la luz en 1942 (en la primera edición en inglés, a la que le seguirían dos más, en 1946 y 1949), y fue incluido más tarde en *Diez grandes economistas. De Marx a Keynes* (1951).

El segundo escrito, «El *Manifiesto comunista* en la sociología y la economía», fue redactado con motivo del centenario de dicho manifiesto y publicado originalmente en el *Journal of Political Economy* (vol. 57, n.º 3, junio de 1949). Posteriormente sería incluido en la recopilación de textos de Schumpeter *Ensayos* (1951).

Ambos textos han sido nuevamente traducidos para la ocasión.

PRIMERA PARTE
LA DOCTRINA MARXIANA

INTRODUCCIÓN

La mayoría de las creaciones del intelecto o la fantasía desaparecen para siempre tras un plazo que varía entre una sobremesa y una generación. Algunas, sin embargo, no lo hacen. Sufren eclipses, pero terminan regresando, y no como elementos irreconocibles de un legado cultural, sino con su atuendo propio y sus cicatrices personales, que la gente puede ver y tocar. A estas obras bien podemos llamarlas las grandes creaciones —y no es un inconveniente de nuestra definición el que se vincule la grandeza con la vitalidad—. En este sentido, tal es sin duda el calificativo que debe aplicarse al mensaje de Marx. Pero hay una ventaja adicional en el hecho de definir la grandeza según la capacidad de renacer: con ello, se hace independiente de nuestro amor o nuestro odio. No es necesario que creamos que un gran logro debe por fuerza ser una fuente de luz o de perfección bien en su diseño fundamental o bien en sus detalles. Al contrario, podemos creer que es un poder de las tinieblas; podemos considerarlo fundamentalmente erróneo o discrepar de él en diversos puntos particulares. En el

caso del sistema marxiano, tal juicio adverso o incluso una refutación exacta, al no lograr herir mortalmente a la obra, solo sirven para resaltar el poderío de la construcción.

Durante los últimos veinte años hemos presenciado un renacimiento marxiano de sumo interés. Que el gran maestro del credo socialista haya alcanzado pleno reconocimiento en la Rusia soviética no es algo que sorprenda. Es cierto que entre el verdadero significado del mensaje de Marx y la práctica e ideología bolcheviques hay un abismo al menos tan grande como el que existió entre la religión de los humildes galileos, por un lado, y la práctica e ideología de los príncipes de la Iglesia y los señores feudales de la Edad Media, por otro. Sin embargo, se trata de algo característico en tales procesos de canonización.

Ahora bien, hay otro hecho que no resulta fácil de explicar: el resurgimiento de Marx en los Estados Unidos. El fenómeno es muy interesante, porque hasta la década de 1920 no existió una cepa marxiana de importancia ni en el movimiento obrero ni en el pensamiento de los intelectuales estadounidenses. El marxismo allí había sido siempre superficial e insignificante, carecía de prestigio. Es más, el resurgimiento de tipo bolchevique no produjo ningún brote similar en los países hasta entonces más impregnados de marxología. Por supuesto, en Alemania, país que tenía la tradición marxiana más fuerte, una pequeña secta ortodoxa se man-

tuvo viva durante el *boom* socialista de la posguerra, tal como había hecho ya durante la depresión anterior. Pero los líderes del pensamiento socialista (no solo los que estaban ligados al Partido Socialdemócrata, sino también los que iban mucho más allá de su cauteloso conservadurismo en las cuestiones prácticas) revelaron poca inclinación a volver a los viejos principios; al tiempo que rendían culto a la deidad, se mantenían a prudente distancia de ella y, en cuestiones económicas, razonaban como los demás economistas. Por tanto, dejando al margen Rusia, el fenómeno estadounidense es único. No nos conciernen aquí sus causas, pero vale la pena examinar los contornos y el significado del mensaje que tantos estadounidenses han hecho suyo.¹

1. Limitaré al mínimo las referencias a los escritos de Marx y no ofreceré datos sobre su vida, pues el lector que desee una lista de los primeros y una ojeada general a la última encontrará todo lo que necesita para nuestro propósito en cualquier diccionario enciclopédico, especialmente en la *Encyclopedia Britannica* o en la *Encyclopedia of the Social Sciences*. Lo más conveniente para un estudio de Marx es comenzar por el primer tomo de *Das Kapital*. Creo que la biografía de F. Mehring, a pesar de la enorme cantidad de trabajos más recientes, sigue siendo la mejor, al menos desde el punto de vista del lector no especializado.

I
MARX, EL PROFETA

Haber permitido que una analogía del mundo religioso se inmiscuya en el título de este capítulo no ha sido un desliz. Hay más que analogía en ello. En un importante sentido, el marxismo *es* una religión. Para el creyente representa, en primer lugar, un sistema de fines últimos que encarnan el sentido de la vida y son pautas absolutas con las que juzgar acontecimientos y acciones, y, en segundo lugar, una guía para dichos fines, la cual implica un plan de salvación y señala el mal del que debe ser salvada la humanidad, o una parte elegida de la misma. Podemos especificar aún más: el socialismo marxista pertenece también a ese subgrupo que promete el paraíso en la vida terrenal. Creo que, si un estudioso de las religiones formula el problema de este modo, nos ofrecerá la posibilidad de penetrar en la esencia sociológica del marxismo con mayor profundidad de lo que lo haría un simple economista.

Lo menos importante de todo esto es que nos explica el éxito del marxismo.¹ Los logros puramente cien-

1. El carácter religioso del marxismo explica también una actitud peculiar del marxista ortodoxo frente a sus adversarios. Para

tíficos, aun cuando hubiesen sido mucho más perfectos de lo que lo fueron en el caso de Marx, no habrían bastado para ganar la inmortalidad en sentido histórico. Tampoco habría bastado con su arsenal de eslóganes de partido. Sin duda, una parte del éxito, aunque muy pequeña, es atribuible a la retahíla de frases encendidas, acusaciones apasionadas y gesticulaciones airadas, un material listo para ser usado en cualquier programa político, que Marx puso a disposición de sus feligreses. Todo lo que es necesario decir sobre este aspecto del asunto es que esa munición ha cumplido y está cumpliendo muy bien su propósito, pero que su elaboración conllevó una desventaja: para forjar tales armas destinadas al campo de la lucha social, Marx tuvo a veces que desviarse de la posición que, según la lógica, se habría seguido de su sistema. Ahora bien, si no hubiese sido más que un proveedor de fraseología, ya habría muerto. La humanidad no agradece esta especie de servicio, y olvida con rapidez los nombres de quienes escriben los libretos para sus óperas políticas.

Pero Marx fue un profeta, y para comprender la naturaleza de sus logros, debemos visualizarlos en el marco de su propio tiempo, un tiempo que representó

él, como para cualquier creyente en una fe, el adversario no comete simplemente un error, sino un pecado. La disidencia es condenada no solo desde el punto de vista intelectual, sino también moralmente. Desde el momento en que el Mensaje ha sido revelado, no puede haber ninguna excusa para dicha disidencia.

tanto el cénit de la construcción burguesa como el nadir de dicha civilización, el tiempo del materialismo mecanicista, de un *milieu* cultural que hasta entonces no había dado señal de albergar en su seno un nuevo arte y una nueva forma de vida, y que bullía con la más repulsiva banalidad. La fe en sentido auténtico se desvanecía rápidamente en todas las clases de la sociedad, y con ella se extinguía en el mundo de los trabajadores el único rayo de luz (aparte del ofrecido por Rochdale y las cajas de ahorro), mientras que los intelectuales se declaraban muy satisfechos con la *Lógica* de Mill y la *Poor Law*.²

En esta situación, el mensaje marxista, anunciador del paraíso terrenal del socialismo, significó para millones de corazones humanos un nuevo rayo de luz y un nuevo sentido de la vida. Llámese a la religión marxista una falsificación, si así se desea, o una caricatura de la fe —habría mucho que decir al respecto—, pero no se podrá pasar por alto ni dejar de admirar la grandeza de la obra. No importa que entre aquellos millones de personas casi nadie fuese capaz de comprender y apreciar el mensaje en su verdadero significado. Este es el destino de todos los mensajes. Lo importante es que dicho mensaje fue enmarcado y transmitido de manera que resultase aceptable para la mentalidad positivista de su época

2. Sistema británico de ayuda a los pobres, desarrollado a finales de la Edad Media y codificado en el periodo 1587-1598. Se prolongó hasta el surgimiento del Estado de bienestar moderno tras la Segunda Guerra Mundial. (*N. del T.*)

—que era, sin duda, esencialmente burguesa, pero no hay paradoja alguna en afirmar que el marxismo es en esencia un producto de tal mentalidad burguesa—. Esto se hizo, por un lado, formulando con incomparable fuerza el sentimiento de frustración y maltrato, que es la actitud autocurativa de la multitud de fracasados, y, por otro lado, proclamando que la liberación socialista de esos males era una certeza racionalmente demostrable.

Obsérvese cómo el arte supremo logra aquí entretejer los anhelos extrarracionales, que deambulaban como perros sin dueño, abandonados por la religión en decadencia, y las tendencias racionalistas y materialistas de la época, ineluctables en aquel momento, que no tolerarían ningún credo que no tuviese un tinte científico o pseudocientífico. Predicar el objetivo no habría dado resultado; analizar un proceso social solo habría sido de interés para unos pocos centenares de especialistas. Pero predicar con el atuendo del análisis y con el foco puesto en las necesidades sinceras conquistó una lealtad apasionada, y confirió al marxista ese don supremo consistente en la convicción de que aquello que uno es y representa jamás puede ser derrotado, y de que al final se logrará la victoria. Aquí, por supuesto, no terminan los logros de la obra. La fuerza personal y el destello de la profecía funcionan con independencia del contenido del credo. Sin ellos, ninguna vida nueva ni ningún sentido nuevo de la vida pueden ser efectivamente revelados. Pero esto no nos concierne aquí.